

FEMINISMOS: revueltas y tácticas de resistencia. Imágenes de un mundo por venir

Maite Garbayo-Maeztu

Profesora Serra Húnter, Universitat de Barcelona / mgarbayom@ub.edu

María Rosón

Universidad Complutense de Madrid / mroson@uclm.es

<https://doi.org/10.57149/re-visiones.11.0>

En los últimos años, y tras muchos de luchas y silenciamientos, las reivindicaciones feministas han adquirido una visibilidad extraordinaria y se han convertido en motor para tejer alianzas con los movimientos ecologistas, antirracistas, descoloniales, anticapitalistas, o de disidencia sexual y de género. Ese *feminismo para el 99%* que proponen Nancy Fraser, Tithi Bhattacharya y Cinzia Arruzza (2019) se traduce en una imaginación política que redescubre “la idea de lo imposible”. Los feminismos han torcido el campo de lo estético, han propuesto visualidades disidentes y han ensayado formas de aparición corporal que difieren de los modos tradicionales (y masculinos) de toma de presencia y subjetivación política.

Recordamos, conversando con la activista Justa Montero, cómo el movimiento feminista se fortaleció en el Estado español a partir de las Jornadas estatales de Granada (2009), que tuvieron lugar treinta años después de las históricas jornadas de 1979, celebradas en la misma ciudad. El cartel, realizado por la artista Azucena Vieites, mostraba ya ese encuentro entre cuerpos feministas diversos tomando voces y torciendo miradas, que se materializó en el paraninfo de la Universidad. La inauguración fue un acto performático en el que se escenificó un diálogo intergeneracional, no exento de tensiones y aprendizajes, que situó las propuestas y las reivindicaciones transfeministas en el centro del debate. Se atisbaba un refuerzo (que no un relevo) generacional, que alcanzó aún más fuerza en las tomas de las plazas de 2011, en Sol, y en muchas otras plazas, en las que las feministas dijimos que la revuelta sería feminista, o no sería, poniendo en práctica metodologías y modos de hacer que comprometían y transformaban los modos tradicionales de “hacer revuelta”. Las jóvenes activaron pensamiento colectivo a partir de la práctica de una escucha transgeneracional, que permitió pensar las plazas y los cuerpos que las ocupaban, en el interior de una genealogía feminista más propia y viva que nunca. En 2013, las feministas volvimos a tomar las calles para reivindicar el derecho a decidir sobre nuestros cuerpos, cuando el Consejo de Ministros aprobó el anteproyecto de Ley Orgánica de Protección de los

Derechos del Concebido y la Mujer Embarazada, una ley extremadamente reaccionaria y paternalista impulsada por Ruiz-Gallardón, entonces Ministro de Justicia del PP. Las luchas por la despenalización del aborto, que citaban y traían al presente otras revueltas de la historia reciente de nuestros feminismos (Las 11 de Basauri (1979-1982), la Clínica de los Naranjos de Sevilla (1980) ...), culminaron con una victoria: la retirada de la ley y la dimisión de Gallardón. Pero las tomas del espacio público por parte de miles de mujeres y del movimiento feminista, se hicieron masivas con las convocatorias de huelga feminista durante el 8M de los años 2018 y 2019. El llamado a la huelga, que partió de distintos países de Latinoamérica (Argentina, Chile, México...), llenó también aquí las calles y las plazas, inaugurando un feminismo masivo, quizá nunca antes visto. Una marea violeta que popularizó y convirtió en transversales muchos de los discursos y de las reivindicaciones más básicas de los feminismos de los últimos cuarenta años.



Azucena Vieites, Cartel de las Jornadas Feministas Estatales (Granada, 2009).

Las imágenes de las huelgas se difundieron a través de redes sociales y medios alternativos, cruzando fronteras y convirtiendo las plazas de Buenos Aires, de Barcelona, de Santiago, de Bilbao, en espacios donde los feminismos se materializaban una y otra vez en cuerpos que reivindicaban sus derechos sexuales y reproductivos, en cuerpos que se citaban los unos a los otros, que citaban a todas aquellas que los habían precedido: en otras ciudades, en otras plazas, en otras temporalidades. Las feministas proponían otras formas de hacer política, otras formas de protesta y de revuelta, otros modos de presentarse en el espacio y ante lxs otrxs.

En el Estado español, el movimiento feminista de los años setenta y ochenta, perpetró la más profunda de las rupturas con la dictadura franquista, no solo por la naturaleza de sus reivindicaciones, sino por la puesta en escena de nuevos modos de presencia corporal y de hacer política que transcendían los propios del activismo de izquierdas de la época. Tanto en sus formas como en sus contenidos, la escenificación feminista de aquellas protestas es hoy un precedente y un modelo para muchas de las luchas que aún siguen vigentes y nos convocan. Las re-lecturas del movimiento feminista durante la Transición pueden ayudarnos a entender los feminismos actuales como lenguajes radicales de ruptura y de protesta, que, siempre alejados de la noción reaccionaria de consenso, se actualizan en función de las luchas y las realidades plurales de las feministas. Y pueden ayudarnos también a situar los avances en materia de derechos sobre nuestros cuerpos, en tanto herederos directos de las luchas feministas de los años setenta y ochenta.

Ante cada nueva ofensiva que amenaza nuestros derechos sexuales y reproductivos, conviene recordar que son la herencia de aquellas luchas feministas y antifranquistas, situarnos a nosotras mismas como parte de esta genealogía, como aparatos de memoria activados por la fuerza de la transferencia. En este número de *Re-visiones*, partimos del interés por las revueltas y las resistencias de los feminismos contemporáneos, pero también por su memoria y sus genealogías fantasmagóricas o bastardas.

En fechas recientes, asistimos a una profunda crisis estructural que deviene acuciante con la pandemia de la Covid 19. Desde los feminismos, se ha reforzado una crítica al neoliberalismo y a la individualidad, que parte de la constatación de la vulnerabilidad y la interdependencia como factores constitutivos de la vida. Esta crisis que vivimos, como ha ocurrido en crisis anteriores, exacerba la pobreza y la explotación de las mujeres, y nos devuelve al espacio de lo privado como lugar de lo que se oculta, de lo que no importa, de aquello que está fuera del espacio de la representación. Una domesticidad pautada por los ritmos neoliberales, donde el trabajo deviene para muchas un continuo interminable. La imposibilidad de compatibilizar cuidado y trabajo, la enfermedad y la muerte, han puesto en el centro la

materialidad de unos cuerpos que fueron cuidados y necesitarán ser cuidados. Han revelado que somos cuerpos, y en cuanto tales, nos sostenemos solo en relación a otros. Que es prioritario que las vidas merezcan ser vividas, y que los cuidados, radicalmente imbricados en el pensamiento feminista, convierten una vida posible en una vida cierta (Pérez Orozco, 2014).

Esta situación de emergencia social y crisis de cuidados, ha propiciado que ciertos saberes y experiencias provenientes de la enfermedad y la discapacidad, puedan pensarse como prácticas de resistencia, como una "virtud tullida", tal y como propone Elisa González en su artículo, escrito desde su propia experiencia vital, y desde una apropiación torcida del término "tullido/a". El nuevo paradigma pandémico en el que estamos inmersas, centra también la atención del texto de Fefa Vila, que aborda la importancia de las poéticas y las políticas de la tocabilidad, en la construcción de los cuerpos y las subjetividades políticas. El tacto, el contacto y su ausencia, a través de la experiencia vivida y transmitida del subalterno; de la feminista, de la queer, de la bollera, del enfermo, del trans*, del negr+, del migrante, del marica...

Al preguntarnos por una genealogía de las revueltas feministas (más allá de la oficial, marcada por sus consecutivas olas, y fraguada en el mundo occidental), vemos con claridad una miríada de resistencias, de tácticas de resistencia que aquellas que nos precedieron inventaron y pusieron en marcha, como única forma de habitar la subalternidad. Las experiencias relatadas por Justa Montero en la entrevista, dan cuerpo al activismo feminista más allá de los discursos hegemónicos. Esta vez son las texturas, los silencios, los guiños, las canciones, o el relato de lo pequeño, las claves que nos interesan y que, de nuevo, convierten la memoria y la historia oral en aliadas metodológicas. La encarnación que precipita el relato de la memoria, también sirve para pensar críticamente los conceptos de revuelta, revolución y resistencia, pues, en definitiva, se trata de vivenciar experiencias desde la complejidad de lo autobiográfico y lo afectivo. Como argumenta Dresda Mendez en "Desde mi cama, revuelta", estamos ya desafiando críticamente unos modos de militancia política y de protesta, asentados sobre el pensamiento/acción del hombre blanco de mediana edad, y que han excluido de esos modos de hacer a las mujeres, a las enfermas, a las discapacitadas, a las infancias, a las migrantes... Y que, además, han consolidado sus ideas en torno a una serie de paradigmas binarios, ya agotados, como son el éxito y el fracaso; o lo público y lo privado, entre otros.

Dar espacio a lo múltiple, a lo quebrado, a lo torcido, a lo desorientado, o a lo queer, haciéndonos eco de Sara Ahmed (2019), o de Adriana Cavavero (2016) y de sus críticas a la rectitud, entendida como masculina (y

heterosexual), es una de las líneas clave de nuestra propuesta. Estas cuestiones comparecerán en distintas aportaciones del número, en las que lo político va a entenderse desde lugares inesperados. Así sucede en "Mujeres que cargan: las artistas y las imágenes de maternidad durante la Guerra Civil española", de Maite Garbayo-Maeztu, que analiza representaciones de maternidad, entendida como carga y como lugar de emergencia de lo político, en producciones de artistas como Francis Bartolozzi, Kati Horna o Juana Francisca Rubio. Esta iconografía, que no ha sido atendida por la historiografía, aparece como fundamental para imaginar otras resistencias posibles, ancladas en la experiencia cotidiana de las mujeres. Pero este artículo, cuya función es abrir el número que presentamos, nos sitúa también como herederas de una genealogía feminista propia: rastrea presencias espectrales y trayectorias de emancipación y agencia femenina/feminista, que han sido capaces de transmitirse de generación en generación, incluso dentro de un ámbito dictatorial.

Nos interesa una subjetividad abierta al mundo, profundamente afectada por su entorno, que se aleja de la idea del yo como ente completo, cohesionado y autónomo. Una subjetividad como la de la médium, que convoca la voz de las fantasmas, y está atravesada por ellas, como sucede en "Memoria poética como prenda de abrigo". Cuando analiza la obra poética de posguerra de Paca Aguirre, Andrea Angulo Menassé es capaz de conectar con la voz de su propia abuela, entendiendo los versos y los cantos como fuentes historiográficas íntimas y aportes de certeza, como cuchillos que abren mundos pasados/presentes/futuros posibles. Algo similar sucede con el tarot floral (o florilegio) de la artista Gelen Jeletón, donde las cartas convocan principios que son poderes: "no poder del que te tiene, sino poder del que tú tienes. El poder de ver lo que no aparece. El poder de leer lo que no está escrito. El poder de oír lo no dicho. El poder de tocar lo que es negado, está presente. A flor de piel." En el trabajo que aquí presentamos "Mano-ojo, ojo-mano, el huevo, la figa y la higa" se recurre a las cartas "IV: mano" y "II: La hija mística", que traen una narración esotérica simbólica sobre el hacer: manos a la obra; y el ver: mano-ojo-mano. Y son estos haceres, que pasan muchas veces por el mirar a través, por el mirar de perfil, por el hacer aparecer, los que dan forma a nuestra atracción por las prácticas de las revueltas y las resistencias feministas.

Nuestro interés, como historiadoras de las imágenes, es poner el foco en las prácticas culturales y sus materialidades, porque, como argumenta Rodrigo Parrini en "Objetos de indignación": "la política feminista crea objetos, despliega afectos, produce performances, genera intensidades. La fuerza del cuerpo es correlativa a la fuerza de los argumentos". En su análisis sobre las movilizaciones feministas de los últimos años contra el feminicidio en México, Parrini argumenta que las feministas han intervenido con sus

escrituras sobre el cuerpo del Estado, confrontando la escritura sobre el cuerpo de las mujeres que propuso Rita Laura Segato (2006) para comprender la violencia feminicida en Ciudad Juárez. El autor se centra en la materialidad de las prácticas inscritas sobre el espacio público, que intervienen una concepción patriarcal del muro o del monumento, y que tensionan las lógicas establecidas entre cuerpo y territorio, con una (re)escritura que no atiende al deseo de permanencia.

De ahí que en esta propuesta nos interese desplazarnos de los discursos a las prácticas, pues pensamos que los haceres son clave, no solo a la hora de localizar una serie de saberes colectivos de revuelta/resistencia, que se han ido encarnando y materializando en modos y en objetualidades varias, sino que los haceres nos permiten entender también cómo ha sido su transmisión y su legado ¿cuales son los materiales que nos han llegado? ¿cómo podemos relacionarnos con ellos hoy? Tradicionalmente, las acciones y los saberes de mujeres y subalternas, no han cabido en aquello que se ha incorporado a la historiografía oficial. Bien por no corresponder con una idea estructurada de lo político, bien porque sus legados y genealogías no se han considerado suficientemente significativos como para permanecer en los archivos, bien porque sus materialidades se crean y se diseñan desde lo efímero, sin voluntad de permanencia. Una estructura de valor que obviamente tampoco escapa a la racialización, como muestra el trabajo de Liliana López Marín sobre el Movimiento Nacional de Tejedoras Mayas, en el que analiza cómo la dicotomía arte culto/arte popular sigue operando para denostar las prácticas textiles de las mujeres indígenas. Las continuas usurpaciones y apropiaciones de sus trabajos por parte de la cultura dominante, provocan una desactivación de los códigos culturales que elimina su carácter identitario y su trasfondo político.

En este número de *Re-Visiones*, nos han interesado las prácticas culturales, pasadas y presentes, que desvelan “tácticas o ardidés de las parias”, entendidos por J. C. Scott (2003) como la “infrapolítica de los desvalidos”, y que suelen ser formas culturales populares como canciones, chismes o rumores (entre otros), como estrategias oblicuas de resistencia al poder. O las “tretas del débil”, tal y como las conceptualizó Josefina Ludmer (1985) a partir del análisis de la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* (Sor Juana Inés de la Cruz, 1691). Para Ludmer, lo personal, lo privado y lo cotidiano, como campos propios y desvalorizados de la escritura femenina, se constituyen en zona de ciencia y literatura, inaugurando una práctica de traslado que posibilita otra razón, otra cientificidad y la emergencia, tanto de otro sujeto de saber, como de otras formas de conocimiento que amplían las formas y las posibilidades de contar(nos) y expresar(nos).

Estas tretas, estos ardidés propios de lxs subalternxs, expresados con frecuencia por medio de metáforas y metonimias, como tantas veces hemos

visto en el campo artístico o literario, comparecen en forma de humor en el texto de Sabela Fraga. Sus análisis evidencian el funcionamiento transgresor y el potencial crítico que posee el humor en las prácticas artísticas feministas contemporáneas. El hecho de jugar con lo inapropiado e imaginar lo (im)posible en el terreno artístico, no implica perder de vista la experiencia directa y las luchas colectivas, pues "es posible desarrollar una agencia feminista a través de una estrategia que trabaje tanto por la resistencia como por la provocación lúdica".

Este número de *Re-visiones* está atravesado por una pregunta específica sobre el archivo, sobre sus posibilidades para dar cuenta de la subalternidad y sus resistencias, siendo una estructura y un dispositivo del poder, del conocimiento, que marca lo decible en términos foucaultianos. Carmen Rial estudia los juicios sumarísimos de la represión judicial franquista, mostrando cómo incluso en esta estructura de saber-poder, encuentra la posibilidad de localizar el habla de las mujeres represaliadas. Su metodología no prioriza el estudio de la sentencia, sino declaraciones, careos y otros documentos que traslucen actos de resistencia sutiles, de bajo impacto y dilatado desarrollo temporal, pero que fueron claves para la larga subsistencia de la guerrilla antifranquista. Elena Castro Cordoba se interroga por su trabajo como voluntaria en el archivo de la activista lesbianofeminista Gretel Ammann, situado en Ca la Dona (Barcelona). Desde un posicionamiento queer, que entiende el tiempo en relación y conectado, contempla nuestros afectos como investigadoras y nuestra necesidad y compromiso con la idea de hacer comunidad, también entre vivas y muertas. Castro se detiene en el tacto y, concretamente, en las manos como herramientas de hacer historia, lugar en el que emerge lo erótico en el vibrante roce del papel y la piel.

Este interés por mirar de lado y a través, por preguntarnos por lo que las cosas hacen y por cómo nos afectan, en lugar de por lo que las cosas son, está presente en la conversación que mantienen Ian de la Rosa y Lucas Platero en torno a la película *Farrucas* (De la Rosa, 2021). El film busca el retrato de una identidad andaluza mestiza, atendiendo a una maraña de género, racialización, edad y condición social, que encarnan cuatro jóvenes mujeres gitanas y marroquíes que viven en el Puche, un barrio periférico de Almería. Vemos que ellas se piensan a sí mismas y viven como sujetos con agencia, a pesar de un contexto extremadamente hostil que las impulsa a dejar los estudios, a lo que ellas se resisten. Este número se alinea radicalmente con el transfeminismo, que piensa las identidades en intersección y rechaza esa mirada paternalista del feminismo blanco y liberal que actualmente desarrolla una ofensiva antitrans. Para nosotras, como editoras, la lucha feminista es interseccional, y atiende a todas las opresiones, pues, además, están entrelazadas. Este cuestionamiento de las identidades unívocas, estuvo siempre presente en las acciones de las

Yeguas del Apocalipsis, el dúo chileno formado por Pedro Lemebel y Francisco Casas. En su artículo, Fernanda Carvajal analiza la acción *Refundación de la Universidad de Chile* (1987), realizada por las Yeguas, junto a sus aliadas feministas lesbianas. La aparición de la animalidad en la performance, a través de la presencia de una yegua, no solo sirve para apuntar a una identidad disidente (la yegua como la montada, la marica, la mujer sexualizada), sino también para poder afrontar la culpa y desalojar a quien la carga del campo de lo humano, para mimetizarlo con lo animal. El texto, una invitación a pensar las temporalidades *queer/queer/queer*, nos retrotrae a las prácticas disidentes durante la dictadura chilena, al mostrar cómo la acción desafía la "masculinidad armada, militar, monumental, (que) se deshacía en un gesto que tenía algo de salvaje y frágil, algo de promiscuo y melancólico". Cualidades estas que encontramos también en los trabajos de Roberta Marrero, quien aporta algunos versos de su "poema-collage" sobre las travestis, compuesto por fotos vintage y poesía que retratan sus experiencias, no exentas de realismo mágico. Una identidad travesti que se piensa y se ama desde su genealogía salvaje y múltiple, como lugar mismo donde se inscribe su poesía. Buscando la belleza de lo que está fuga o en los márgenes, Rurru Mipanochia presenta, a través de un lenguaje basado en los *Amoxthli* o códices precolombinos, un enjambre de cuerpos disidentes inspirados en sus vivencias actuales, pero que también conecta con formas no binarias de habitar el género y la sexualidad, propias de los pueblos originarios de antes de la conquista española. En sus dibujos, vuelve a materializarse una conexión entre tiempos pasados y presentes, que se confunden y se anudan. Por su parte, el Grupo de Investigación del Instituto de Estudios del Porno, perpetra una crítica visual del discurso estatal regulatorio, que aplica políticas prohibicionistas y censuradoras contra la sexualidad y sus economías. En el "Manifiesto parcial. Permacultura visual contra las derivas sexófobas y discriminatorias", se apropian del lenguaje del boceto, del meme y del cómic, para señalar las violencias que actualmente viven las trabajadoras del sexo en el terreno legislativo. Su contribución, "apuesta por conjunciones de saberes distintos, de encuentros entre la investigación histórica, el trabajo con imágenes, el pensamiento crítico y la revisión de debates contemporáneos alrededor de los feminismos y las políticas del cuerpo".

En suma, y como ya hemos señalado, todas estas aportaciones transfeministas, sitúan voluntariamente este número de *Re-visiones* en un posicionamiento concreto, aquel que valora y apuesta por las intersecciones feministas con otras luchas por la justicia social, reconociendo la potencia radical de las disidencias, ya sean sexuales y de género, raciales, desde la diversidad funcional y la enfermedad, o desde otras experiencias que atraviesan nuestros cuerpos. Deseamos, con esta edición, pensar los feminismos como una revuelta viva, que se actualiza una y otra vez, y que cita otros contextos y otras temporalidades. Como una revuelta repleta de

resistencias, de logros y de fracasos, que desde el presente sólo pueden pensarse como transformaciones necesarias, precipitadas por una forma incómoda de habitar el mundo, que nos conecta mediante hilos visibles e invisibles con aquellas que lo habitaron antes que nosotras. Por eso en este número de *Re-visiones*, nosotras, con todas las autoras que nos acompañan, queremos citarlas, traerlas aquí, enmarañar sus luchas con las nuestras, pensar juntas las imágenes de la revuelta, las formas de la resistencia, las imágenes de un mundo por venir.

Queremos agradecer, muy especialmente, a Aurora Fernández Polanco, su acompañamiento constante en la edición de este número, su lucidez y su generosidad, por compartir con nosotras, siempre, tantas ideas y tantas formas de hacer. A Antonio Ferreira y a Irene D. Castellanos, por todo el trabajo realizado y por lo mucho que nos han cuidado y acompañado. Como siempre, a Carmen Chíncoa. Y a Justa Montero, que nos acogió en su casa y que, una vez más, nos abrió su memoria, haciéndonos sentir que es también la nuestra. Pensamos que la conversación con ella es fundamental, pues sitúa el número en un contexto concreto, y en una genealogía propia. A lxs autorxs, por descubrirnos nuevas revueltas y resistencias, o por actualizar aquellas que conocíamos, y a lxs revisorxs, por un trabajo en la sombra, pero en el que también está muy presente el cuidado hacia los aportes del resto.

Bibliografía

Ahmed, Sara (2019) *Fenomenología queer. Orientaciones, objetos, otros*. Barcelona: Bellaterra.

Arruzza, Cinzia; Batthacharya, Tithi y Fraser, Nancy (2019) *Manifiesto de un feminismo para el 99%*. Barcelona: Herder.

Cavarero, Adriana (2016) *Inclinations. A Critique of Rectitude*. Stanford: Stanford University Press.

Ludmer, Josefina (1985) Tretas del débil. En P. González, Patricia y Ortega, Eliana (Eds.), *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Río Piedras, Puerto Rico: Ediciones Huracán.

Pérez Orozco, Amaia (2014) *Subversión feminista de la economía. Apuntes para un conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños.

Scott, James C. (2003) *Los dominados y arte de la resistencia*. Tafalla: Txalaparta.

Segato, Rita Laura (2006) "La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado", en *Debate Feminista*, 37: 78-102.